

MADRID: por tres meses 3 reales, por seis 4, por un año 20.



PROYECTOS: por tres meses 3 rs., por seis 4, por un año 20.

EL MENSAJERO DE LAS MODAS,

REVISTA MENSUAL DEL MUNDO ELEGANTE.

Gratis a los Suscritores al Semanario Pintoresco Español.

MODAS.

Dijimos en nuestro anterior artículo del MENSAJERO que la primavera es la época natural de los matrimonios, y bien ó mal, quedó probada nuestra proposición. Ahora bien: la primavera ha llegado y con ella una verdadera revolución de trajes y de galas. ¿Y qué sucede? Que, como en toda revolución, solo hay barullo y confusiones sin cuento. No nos hagamos ilusiones: la moda de primavera no se ha fijado todavía: por otra parte, esto es imposible en Madrid, donde no descuellan círculo alguno que en tan importante cuestión dé la ley á los demás. Los preceptos principales de esa caprichosa deidad son, entre nosotros, hijos del acaso, de la inclinación, de la volubilidad y de la situación respectiva de los sacerdotes y sacerdotisas que queman inciensos en sus aras. La dama de alto tono estrena un traje cada ocho días, y cada traje revela sus pensamientos de la semana: para ella existe en la moda una revolución continua, una revolución sin término; no pueden imprimirse periódicos ni artículos que basten á contentar la comezon de brillar, y sobre todo de variar, que la atormenta; es inútil señalarle el corte de los trajes y sus adornos, ni ponerle de manifiesto los últimos figurines. Vive adelantada; se guía por sus propias inspiraciones; sueña que inventa, é inventa lo que sueña; desde el sueño á la tienda y desde la tienda á la modista, solo tiene que dar dos pasos, y aun esos los da sin poner el pié en el suelo: dos días después, se ha convertido el sueño en la realidad de un vestido de raso cubierto de bordados.

Hé aquí el fuerte de la época, el bordado: hoy no tiene límites, y se inventa ó se sueña, en este género, hasta lo imposible. Todo se borda: la falda, el cuerpo, lo que se ve, lo que no debe verse: es un furor, un delirio, mas que una enfermedad: dentro de poco, si un nuevo capricho no lo remedia, faltarán en Madrid manos para bordar, y habrá que traerlas de París ó de la Suiza. En este último caso, nos atreveríamos á aconsejar á nuestras bellas que pidiesen á Suiza los bordados hechos y derechos, y no se acordasen de las manos. Costarían mas, esto es indudable; pero

NÚMERO 4.º

¿cuántos disgustos ahorrados! ¿Qué necesidad tienen nuestras damas de entrar en odiosas comparaciones?

Hemos visto preciosas camisolas de señora, bordadas, por supuesto. Su figura varia hasta lo infinito: las hay abiertas y de cuello, como los camisolines, y se llevan para *deshabillé* de mañana con traje sencillo de tafetán, al cual no pueden faltar ó el bordado de rigor ó los volantes picados: haylas tambien cerradas, y estas tienen por cuello dos ó tres tiras sobrepuestas, y asimismo bordadas: una cinta color de rosa ó azul, pasada debajo de sus ricas labores, las hace resaltar de un modo notable y sumamente vistoso.

Quisiéramos vernos dispensados de nombrar una prenda, asaz prosaica, para que ocupe un lugar en el catálogo de los objetos de moda; pero indispensable hoy mas que nunca, si una hermosa ha de ostentar, en su base, toda la gracia á que tiene derecho de aspirar. No está en nosotros la falta, sino en los rebuscadores de defectos humanos: estos entes incansables pretenden que el vestido ha de tener mucho, muchísimo vuelo, y que no basta aumentar en la falda paños y mas paños, porque estos se confunden al andar y no producen el efecto apetecido. Las damas, que no pueden menos de transigir con las exigencias del siglo, han inventado desde luego el medio de *redondearse*.—Cómo?—Por medio de... Es preciso decirlo de una vez: por medio de enaguas con dos volantes, que sostienen el peso del vuelo del vestido. Dichos volantes son muy anchos, y como en todo es indispensable seguir obedeciendo los caprichos de lo que se ha dado en llamar buen gusto, se hacen bordados y festoneados, predominando en esto la *façon* inglesa.

Por otra parte, se concibe el lujo de las enaguas, porque se llevan los vestidos tan largos, que es imposible prescindir de la necesidad de levantarlos con frecuencia: en este caso es muy elegante dejar ver unas enaguas ricamente guarnecidas ó bordadas.

Tambien se traen, con batas, enaguas de gran precio... Dejemos ya á un lado este artículo, sobre el cual nada queremos añadir á nuestra amables lectoras, porque tememos que se rian de nuestra ignorancia. En efecto, para conocer la utilidad de las enaguas, es preciso... es preciso ser muger.

ABRIL 1852.

Las batas son blancas, sin talle marcado, y se sujetan con dos cintas atadas por delante, que figuran el cinturón. También se llevan de chaconá ó de muselina de colores. Debe no obstante tenerse en cuenta que no se han generalizado; que el calor no es tan fijo, que permita exclusivamente su uso, y que hasta junio ó julio no harán furor.

Los adornos de cabeza siguen como los dejamos durante el mes anterior: cintas, hilos de perlas, flores, colgantes de esmeraldas y rubies... el espejo es un consejero privilegiado en este importante asunto: él dice á la que le consulta el adorno que mas la hermosea, y puede asegurarse que lo que hermosea á una se convierte en moda sin mas examen. Por eso no habrá nunca modas fijas respecto á la cabeza de las damas. Las hubo en otro tiempo, cuando en el peinado de la Dubarry se hacia consistir el destino de un imperio: hoy solo aspiran los peinados á conquistar corazones, y... preciso es confesarlo, se dan tan buena maña, que el que resiste á las cocas, no puede menos de sucumbir á los crespos. A todos les llega su San Martín: nuestras hermosas lo conocen, y dicen al espejo: «Tú que no puedes engañarme, enséname á tejer las redes mas seguras para prender á mi bien.»

No queremos hablar hoy de telas ni de vestidos; continúa la revolución de marzo: los últimos sin embargo se exageran de día en día: ya no son tres los volantes, sino cinco ó siete. ¡Qué profanación! Una hermosa envuelta en tela se convierte en monstruo. Nos pronunciamos decididamente contra los siete volantes, y si mucho se nos apura, tambien contra los cinco.

Todavía no se llevan sombreros de paja, pero están indicados: esta es moda de todos los veranos, y no merece la pena de que nos detengamos en ella. Ya hablaremos oportunamente de sus adornos, de sus alas anchas ó estrechas, y del corte de sus copas: hasta ahora solo podemos asegurar que se usarán cuando el calor lo recomiende.

Lo único que nos queda hoy por decir se refiere á vestidos: con pocas palabras daremos fin á nuestra tarea.

Faldas de seda color gris, con rayas albanesas. Y qué! ¿Se completa con esto el traje de una dama? No, ciertamente. Añadamos pues lo que al presente le falta: mañana será otra cosa.

Sombrero ó gorro de tafetan blanco con plumas.

Item: manteleta-chal de tafetan, bordada en su orilla, y con tres listas de terciopelo negro, disminuyendo en anchura.

Item: medias de seda inglesas ó de hilo de Escocia.

Esto para calle.

Para casa lo siguiente:

Bata de seda, suelta; chaleco (¡otra profanación!) de muselina bordada, con forro color de rosa; chal de seda.

Esperamos que el mes de mayo será mas fecundo en novedades. Las anteriores son las únicas que hasta ahora nos ha traído el código de la moda primaveral.

Modas de caballeros.

Siguen los hombres vestidos de invierno: capotas, gabanes, pantalones... todo de paños oscuros, como si el barro llegase hasta las rodillas. Somos menos atrevidos que las damas: algun frac suele aparecer desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde; á esta hora huye á esconderse, ó pide el auxilio de un abrigo sólido. La precaución no daña, decían nuestros abuelos, que eran hombres de chapa y de pelo en pecho. Nosotros, miserables retoños, débiles cañas que dobla el mas ligero vendaval, decimos: es necesario precavernos. Hé aquí en compendio la historia de nuestra degeneración.

El hecho es que en Madrid no ha pasado todavía el invierno para los hombres: empiezan á sudar con los gabanes, pero aguzan el ingenio y hallan salida para todo. Cuando una dama nos echa en cara nuestro miedo de constiparnos, cuando asegura que, envueltos en easter y en lana debemos abrasarnos, contestamos muy serenos:

Mas vale sudar que toser.

OPIATA ODONTINA.

RECETA.

Sepia oficial. media onza.

Oxido de magnesia. 2 dracmas.

Lirio de Florencia. } de cada una

Quina loa. } una dracma

Cochinilla. 2 escrúpulos.

PREPARACION.—Después de bien pulverizados cada uno de es-

tos ingredientes, se mezclarán perfectamente, añadiendo la suficiente cantidad de mucilago de goma arábica, hasta que llegue á tomar la consistencia de opiata, y poniendo á lo último de tres á cinco gotas de esencia de menta.

Esta opiata conserva bien la dentadura, deja muy blancos los dientes, sin arañar ni destruir el esmalte, y hasta destruye el mal olor de la boca, cuando está sostenido este por la falta de aseo y limpieza, ó por las caries de alguna muela.

Cosmético excelente contra los paños y eflorescencias de la cara.

RECETA.

De borax. 40 granos.

Agua destilada de rosas. } de cada una

Idem de flor de naranjo. } media onza.

Disuélvase, y lávense las manchas y paños de la cara con un lienzo fino de hilo.

Varios médicos distinguidos recomiendan este tópico, entre ellos Hufeland y René Van-Oye, quienes aseguran que no tiene los peligros de otros tan preconizados por los perfumistas y charlatanes.

NO ME OLVIDES.

A veces en una mañana de otoño, de aquellas en que es tan dulce errar por la llanura, habrás creído ver en el horizonte un inmenso lago; habrás continuado tu camino apresurando el paso, y al llegar al punto donde viste el lago, te habrás encontrado hollando la verde yerba, húmeda con los vapores de la tierra: volviste entonces la cabeza atrás, y otra vez se te presentó en el horizonte la misma engañosa charca.

Tal es la vida; moriría el hombre de desesperación al ver que el objeto que habia elegido por polo y norte del pensamiento, del anhelo, de la esperanza toda, no existe, no es mas que una leve neblina á la cual da la distancia formas gigantescas. Mas siendo preciso seguir la marcha, llevada por la corriente de la vida, hay un momento en el cual volviendo atrás la mirada, se ven las mismas imágenes mentidas, y hasta el término del camino se les van dirigiendo suspiros del alma, cual si fueran bienes poseídos. La vida está en lo que realmente no existe: deseos y memorias.

¡Con cuánta tenacidad acariciamos y nos apegamos á los mas insignificantes recuerdos! ¡Qué influencia tienen para nosotros, una simple melodía sin valor para los demás, ciertos aspectos del cielo, la florecilla que el vulgo pisa sin cuidado!

Por esto, y no por otra causa, he dado yo ocasion á que se me reprochase de hablar muy amenudo de cierta florecita azul que los suizos llaman yerba de perlas, y los botánicos *misitipoides*.

Por eso los alemanes la han llamado *vergiss-meinnicht*, que quiere decir «no me olvides».

Voy á contar al propósito una historieta, y aunque sea con peligro de menoscabar su interés, empezaré diciendo que es una de las mas curiosas que hemos oído.

En Maguncia hay un sepulcro: como está borrado el nombre del que allí fué enterrado, puede en rigor decirse que dicha tumba está á la disposición del primer muerto que se presente; pero en atención á su sencillez, por no gloriarse ninguna familia ilustre de estar allí depositado uno de sus parientes, la opinión general concede aquel modesto asilo á un joven alemán, músico y poeta, cuyo apellido ni siquiera existe hoy día.

Llamábase Enrique, y como todos sus versos, de los cuales ni uno siquiera se nos ha conservado, estaban escritos en elogio de las mugeres, y sobre todo en el de María, era llamado Enrique Frauemlob, esto es, el poeta de las mugeres.

Cuando emprendió su peregrinación por la Alemania á buscar fortuna con sus romances y canciones, dejó Enrique en Maguncia una preciosa doncella que esperaba su vuelta, y que en las noches de tempestad se despertaba pálida y asustada, y arrojada en su casto lecho rogaba á Dios por su amor peregrino.

Volvio este á los tres años rico y lleno de gloria. Mucho tiempo antes de su regreso habia oído María repetir su nombre con admiración y encomio, y sabia ella por un exceso de fé en su amor, que ni los encomios ni la admiración causarían á su amante un placer tan verdadero, una satisfacción tan dulce como la que le causarían las miradas de la hermosa doncella que muy impacientemente le esperaba.

Detúvose Enrique con el corazón oprimido al ver desde lejos el humo blanco que subía de los tejados de Maguncia: sentóse en el césped del camino, y entonó un canto sencillo y melancólico, como la dicha...

Al día siguiente, al ponerse el sol, resonaban las campanas anunciando el casamiento de Enrique con María, así que despuntase el albor primero.

En aquel instante paseábanse los dos enamorados solos por la arboleda que se estiende á lo largo del Rhin.

Sentáronse el uno junto al otro en la menuda yerba, y pasaron largos y fugitivos instantes mirándose, apretándose las manos, y sin desplegar los labios: las ideas que llenaban sus almas no podían traducirse con palabras.

El color purpúreo con que había teñido el sol el horizonte, se cambiaba en un amarillo pálido, y las sombras se adelantaban por el firmamento del oriente al ocaso.

Los dos conocieron que era preciso separarse: quiso María perpetuar el recuerdo de aquella tarde deliciosa, y con su mano mostró á Enrique unas florecillas azules que se mecían á la orilla del río.

Enrique lo comprendió y quiso arrancar las flores; pero ay! resbala su pié en el mojado musgo, y desaparece bajo las ondas; agitóse el agua dos veces, sacó la cabeza por un instante: por dos veces volvió á hundirse.

Quería gritar, pero el agua se lo impedía. La segunda vez que apareció en la superficie, dirigió una última mirada hácia la orilla donde estaba María, y sacando el brazo la arrojó las flores azules que por una contracción nerviosa había conservado en su mano: desapareció despues; el agua quedó serena volviendo á su curso: la superficie recobró la lisura de un espejo. Así murió Enrique Frauemlob.

María murió doncella en un convento. Aquel excelente adios de Enrique, ha quedado traducido en la florecilla azul, que se llama desde entonces *vergiss-meinnicht*, esto es, «no me olvides.»

ANIMALES NOCIVOS.

CHINCHES.

Este insecto es desagradable por sus picadas y su mal olor. Vive en las maderas, en las hendiduras de las paredes, en las colgaduras, y se multiplica prodigiosamente.

Una limpieza estremada, una investigación diaria son el medio mas seguro para destruir las chinchas cuando son pocas; pero cuando hay millares de ellas, como sucede frecuentemente, es indispensable lavar las maderas con agua hirviendo, tapar todos los agujeros de las paredes, y pintar al oleo todo lo que es susceptible de ello.

Los zarzos que se emplean contra las chinchas deben tener dos piés de anchura, y ser mas ó menos largos, segun la anchura de la cama: se colocan verticalmente entre los colchones y la cabecera, y al hacer la cama se sacuden, matando las chinchas que se han refugiado en ellos. Cuando las maderas estan llenas de estos desagradables insectos, se barnizan de nuevo, ó se hará penetrar esencia de trementina en todas las hendiduras. El olor de la hoja de nogal y de laurel es un preservativo contra estos animales.

Si el decorado de un aposento permite regar las paredes sin inconveniente, se prepara un liquido como sigue:

Se disuelve media onza de esencia de trementina en espíritu de vino; aparte y en espíritu de vino tambien, dos adarmes de sublimado corrosivo, y finalmente media onza de alcanfor del mismo modo. Cuando estas soluciones estan perfectas, se mezclan en un vaso y se echan en dos cuartillos de agua de pozo: agitando siempre hasta que se haya mezclado todo, resulta un liquido lechoso que no se emplea sino despues de haberlo agitado bien. Con un pincel muy grueso se pasan capas de este liquido en todos los parajes donde se retiran estos animales. Esto basta para matarlos.

Quemando cuerno en los aposentos perecen algunas chinchas.

Tambien puede emplearse el azufre: para ello se toma una libra de azufre, que se echa en un brasero, cerrando las puertas y ventanas, que no se abrirán hasta un rato antes de acostarse, por ser insufrible el olor del azufre. Es preciso retirar todo lo que haya en el aposento, excepto las maderas y jergones.

El nitrato de mercurio concentrado con goma tragacanto, y aplicado en las junturas de las maderas, mata las chinchas.

Tambien el olor de alcanfor ahuyenta á las chinchas. Pónganse para esto cuatro pedazos, del tamaño de una nuez cada uno, dos á la cabecera y dos á los piés, entre las sábanas y el colchon.

Empleo de una solucion mercurial para destruir las chinchas.

Tómese una dracma de sublimado corrosivo, que se pondrá en una vasija no metálica; derrámense encima dos cuartillos de agua de fuente, hirviendo, y cuando la sal esté completamente disuelta, añádanse cuatro cuartillos de agua fria. Esta solucion se estiende con un pincel sobre todas las partes donde se refugian las chinchas. Este método tiene sobre los demás la ventaja de ser mas duradero; la solucion mercurial se seca, y es un obstáculo constante para la permanencia de las chinchas. Tiene además otra ventaja: no altera los colores de los tapices, colgaduras, etc.; pero no deben tocarse con dicha solucion los objetos metálicos.

Las chinchas salen raras veces de los sitios en que se recogen cuando hay luz. A favor de la oscuridad salen á turbar nuestro sueño. Será muy á propósito, pues, tener luz encendida junto á la cabecera de la cama, ó encenderla de repente cuando se las quiera perseguir.

Las chinchas de jardin perjudican mucho á los manzanos y perales: deponen sus huevos debajo de la corteza del árbol. Para destruirlas no hay mejor medio que mantener suma limpieza, matar cuantas se vean, lavar con esencia de trementina los sitios donde deponen sus huevos, y hacer irrigaciones con decocciones de plantas acres, como de tabaco, de asafétida, etc., etc.

LANGOSTA.

Solo una especie hay peligrosa para los sembrados: *grillus migratorius*, de Linneo. Se reúne algunas veces la langosta en bandadas tan considerables, que parecen nubes cuando viajan por los aires. Por donde pasan estas terribles plagas, la campiña mas risueña se convierte repentinamente en un estéril desierto. Cuando una lluvia fria hace perecer una plaga de langosta, la espantosa cantidad de sus cadáveres emponzoña el aire, y puede ocasionar enfermedades pestilenciales.

Esta plaga asuela los países meridionales con alguna frecuencia. Se anuncia con una extraordinaria multiplicacion de langostas que se reúnen en las praderas. No hay otro medio pues que recorrer estos sitios y buscar en las plantas los huevos de dichos insectos, que estan rodeados de una materia glutinosa y espumosa. Es el único estado en que se pueden perseguir unos animales tan perjudiciales: los huevos se queman.

La langosta es muy difícil de exterminar. En los jardines pueden salpicarse las plantas y los arbustos con ceniza, sebo, cal; tambien pueden cubrirse de liga. Pero en los campos y praderas, cuando las langostas se presentan en número considerable, entonces es una verdadera plaga que el hombre hasta ahora no ha hallado medios de destruir.

MEDICINA DOMÉSTICA.

DE LA MELANCOLÍA.

La melancolía es una afeccion moral mas bien que fisica, caracterizada por una pasión triste, y que puede degenerar en demencia.

Los melancólicos son generalmente flacos y endebles; tienen el color pálido, amarillento, y algunos veces negruzco; frecuentemente las narices encarnadas.

Su fisonomía es inmóvil, pero los músculos del semblante, por un estado de tension, espresan el espanto y el temor. Sus ojos son fijos, dirigidos hácia la tierra ó á lo lejos; su mirada es inquieta, sospechosa. Tiene á veces el pulso lento, débil, concentrado, y algunas veces muy duro. Su piel conserva un calor muy pronunciado; su traspiracion es interrumpida; pero las estremidades de los miembros estan frias y á veces bañadas en sudor. Los melancólicos duermen poco, ó su sueño es muy ligero ó interrumpido, agitado por ensueños mas ó menos siniestros, que los despiertan sobresaltados y les ofrecen los objetos por los cuales es producido su delirio. Sus secreciones presentan tambien desórdenes notables; sus orines son abundantes, claros, acuosos, y algunas veces espesos y turbios.

Se observan dos grados muy distintos en la melancolía. En el primero, los enfermos conservan aun su razon; pero todo hace sobre ellos una impresion muy viva, todo es exagerado en sus sentimientos, pensamientos y acciones. En el segundo estado, la sensibilidad, concentrada sobre un objeto solo, parece haber abandonado sus órganos. No hay tan solo exageracion, si no que tambien se encuentra el melancólico fuera de los límites

de la razón; se crea mil quimeras mas ó menos ridiculas, y asocia las ideas y las cosas mas disparatadas.

La imaginación puede en efecto en algunos individuos exagerar las afecciones morbosas; pero casi siempre una disposición orgánica es la causa ocasional de todo.

Todas las causas debilitantes, los escesos, el temperamento nervioso y bilioso, predisponen á la melancolía.

Las estaciones y los climas tienen una influencia particular sobre la producción de la melancolía. El otoño es la estación en que aparece con mas frecuencia dicha enfermedad, sobre todo despues de un verano caliente y seco. Las cercanías de lugares pantanosos, el aire nebuloso y húmedo predisponen á ella: lo mismo sucede en países cálidos donde llueve raras veces.

La melancolía es mas frecuente en la juventud y la edad viril. El tratamiento de esta enfermedad no debe limitarse á algunos remedios. Antes de hacer aplicación de ellos es preciso informarse de las causas de la enfermedad.

El melancólico, dominado por sus costumbres, alejando todo lo que puede contrariar sus inclinaciones, arreglando á merced de sus visiones todos los objetos que le cercan, no puede recobrar la calma y serenidad sino alejándose de su país habitual, viajando en regiones que gocen de una temperatura suave, ó cuyos sitios presenten á su imaginación cuadros risueños ó escenas majestuosas. Debe familiarizarse poco á poco con un mundo nuevo, donde la dulzura, las atenciones, los miramientos, las manifestaciones continuas de benevolencia, despierten sentimientos que en él se habian amortiguado.

Un clima seco y templado, un bello cielo, un sitio agradable y variado, convienen perfectamente á los melancólicos; sus vestidos deben renovarse, particularmente el calzado, porque estan espuestos al frio de los pies. Los baños tibios son para ellos de gran utilidad para restablecer la traspiración. Deben serles prohibidos los alimentos salados y de difícil digestión, y han de acostumbrarse á las carnes asadas, frutas y yerbas. El ejercicio es de un recurso muy grande para curar la melancolía: tambien se encargan laxantes ligeros y purgantes suaves.

Las mugeres y el médico.

Como todo tiene su contra en esta vida, suele suceder que el esquisito cuidado de ciertas enfermeras, en vez de consolar, mortifica al paciente, bajo el supuesto de la mejor intención. Llego esto porque tengo una tia que á mas de presumir de doctora en ambas facultades, se llama antípoda de los médicos, y es un archivo humano de remedios caseros, que siempre aplica á su gusto, aunque rara vez con oportunidad. Sucedió que cierta noche entré en mi casa quejándome de la cabeza, y mi señora tia, poniendo en juego sus conocimientos, me pulsó, me examinó detenidamente, y al fin me dijo con tono magistral: «Esto es un aire.» Espidió en seguida porción de decretos, que se observaron sin demora, aplicándome en su virtud muchos medicamentos que sin apelación tuve que sufrir, para sudar, segun mi tia, y amanecer positivamente bueno. Amaneció en efecto, y amanecimos nosotros, mi tia con la certeza de que yo estaba curado, y yo con una fuerte calentura que se presentó de una vez: entonces hice buscar al médico, á pesar de la oposicion de mi tercia tia, que porfiaba en curarme á su modo. El doctor se presenta y dice:

—Adios, señora, ¿qué hay por acá?

—Nada, este que vino anoche malo, tomó para sudar, pero hoy ha amanecido destempladillo, y como una no se atreve á darle nada, dije pues lo primero de todo, que lo vea el médico y será mejor.

Esta contestación diplomática de mi tia es muy frecuente en todas las aficionadas á curar: tienen regularmente dos caras, una para el médico, y otra para despues.

El facultativo me recetó lo que juzgó conveniente, sin duda con mas inteligencia que mi amada tia; pero esta, así que se fué aquel, suprimió algunos de los remedios mandados, y substituyó otros de su botiquín, robustecido con los continuos presentes de infinitas comadres, curanderas tambien por desgracia. Y cuando el médico se preparaba á salir, hé aqui que se aparece mi criada, moza incivil y de un aspecto hombruno, la cual deteniéndolo le dirige esta interpelación.

—¿Vá á mi que me da V. para esto?

—¿Y qué es eso, señora?

—Le diré á V.: ayer mañana al subir arriba para dar de comer á los pollos, pum, me cai, y me di un golpe tan fuerte en semejante sitio, que así me llamo Dolores, como creí que me

habia matado. Por fin me levanté; pero me quedó un dolor tan grande, que ya me he mirado y tengo un cardenal tan largo así, perdonando el modo de señalar: yo me he dado unto sin sal, aguardiente con romero, y el agua de Doña María.

—¿Qué agua es esa?

—Es un agua particular que yo tengo para caídas (dijo mi tia con cierta satisfacción), y la otra continuó:

—Pues sí señor, me he puesto de cuanto V. quiera pensar, pero nada, no me alivio, y como estaba V. ahí, dije: voy á ver qué me manda D. Diego, y me ahorro busear á mi médico, que aunque es muy bueno, mejorando lo presente, la última vez me curó muy mal un uñero, porque es muy descuidado con los enfermos: mis palabras no le ofendan.

Concluida que fué tan elocuente relación, le recetó el D. Diego no sé qué cosa, con lo que se retiró al parecer muy convencida. No obstante, despues supe que acordaron entre mi tia y ella no hacer caso de los preceptos del facultativo, porque decidieron que los médicos no lo entienden, y ellas sí. Y yo entre tanto, como mis males no me impedían compadecer al prójimo, consideraba con dolor al hombre que despues de pasar muchos años en adquirir los conocimientos científicos con que ejerce su profesion, se ve sujeto á la censura de dos comadres, y tal vez á la de una imbecil fregona, que así hablan de la medicina, como si se tratara de la calceta ó de zurcir un delantal; pero el mundo está arreglado así, y es preciso por tanto vivir con las mugeres y el médico.—R.

EL NIÑO Y LA FLOR.

EL NIÑO. Dime, flor de la mañana,
¿quién te presta tu riqueza;
quién de grana
tu cáliz llena y de olor?
¿Has robado esa belleza
á la aurora,
cuando á la nube colora
con su albor?

LA FLOR. Soy, niño, cual tú en el suelo
planta hace poco nacida:
díome el cielo
estas galas de carmin.
Y paso mi breve vida
respirando
el tierno céfiro blando
del jardín.

EL NIÑO. Yo no soy planta, ni tengo
esas galas de colores;
ni en el reino de las flores,
donde tú vives, nací.

LA FLOR. Tú eres la planta sin precio,
porque eres la criatura
escogida en la natura:
eres planta, niño, sí.

EL NIÑO. Mas tú de fragante aroma
perfumas el claro día,
desque asoma
en el Oriente la luz.

Y el sol luciente te envía
rayos de oro,
que hacen brillar el tesoro
de tu gracia y juventud.
LA FLOR. Tú encierras, niño, la esencia
mas delicada y hermosa:
la inocencia
de esa tu edad infantil.

Que es la infancia venturosa
primavera;
pura cual aura ligera
del abril.

EL NIÑO. En tu corola la brisa
se mece jugando en ella;
porque eres la flor mas bella,
en el vergel sin rival.

LA FLOR. Y una madre la sonrisa
en ti busca con cariños;
que es la sonrisa del niño
la sonrisa celestial.

EL NIÑO. ¿Luego, flor, somos los dos
plantas que pueblan el suelo?

LA FLOR. Sí; mas venidas del cielo,
y concebidas por Dios.

P. A. CARDAÑO

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26, Madrid.